

Desnudar la Intuición

(Poemas escritos entre 1995 y 2002)



Pedro Martín González

*Pero yo no quiero confort.
Yo quiero a Dios,
quiero la Poesía,
quiero el verdadero Peligro,
quiero la Libertad,
quiero la Bondad,
quiero el Pecado.*

Aldous Huxley

Un Mundo Feliz

Pura Vida

Y ahora,
Que he dejado abiertos los sentidos,
El incienso me ha purificado.
La pálida luz de la tarde he roto
Con los fuegos fatuos de esta vela,
Que ya alumbra otra vida en mi corazón.
La palabra ha callado y
Sólo, la música, cimbreo sus ondas entre las paredes.
Mis ojos descansan en los libros,
Que hablan del sentido de Eso abstracto que llamamos:
Dios, Felicidad, Amor,
También, sobre aquellos otros, que dibujan, entre líneas,
Algunas razones para llamarnos: Seres Humanos.
Cuando el pensamiento ha sosegado el rostro,
La Belleza ha venido a buscarme cercana.

Yo quiero vivir en este estado eternamente.

Rezar por ti

Aún es pronto para olvidar:
El sabor de tu amor más inmediato,
Las rosas, que en tu almohada he dejado,
La mirra, que ayer noche quemé.

Aún es pronto para rezar:
La iglesia está fría,
El verbo vibrante, dormido,
Las almas, en sus celdas, recogidas,
Y el órgano severo, de un sueño herido.

Aún es pronto para escuchar,
Pero unas palabras blancas,
Que han desnudado tu nombre,
Suben al aire, buscando el altar.

Noctámbulos

Ayer,
Después de la mesa, del mantel,
Y de la música de la limpia conversación,
Hemos dejado correr nuestros pasos hacia el río,
Cubriendo las calles con el silencio que, dentro, nos ha brotado.

Con la risa de quien se sabe un pedazo de Inspiración,
Hemos cruzado las plazas manuelinas,
El parque de los niños,
Unos soportales vacíos,
Y todas las arterias y venas que, pintadas en ocre,
Circundan la iglesia vieja.

Mientras hemos hecho del camino un encuentro con la Magia,
Abonamos la ciudad con pedazos de Alegría,
Adueñándonos del peso de las horas más tardías,
Y del miedo del amor,
A las distancias de la Vida.

Ciclos eternos

Después de cerrarse el último ciclo,
Fueron infinitos el silencio y la soledad.
El espacio inerte que los envolvía,
También lo fue.

En esa nada, que los dormía,
El tiempo aún no existía,
Ni la materia,
Ni la luz,
Ni las profecías.

Dios, era una hipótesis de la Creación Primera,
El Universo, una quimera,
La Vida era el sueño de la soledad,
Y el Hombre lo era de la Vida,
Que, en silencio, ya lo amaba.

Siendo entonces sólo sombras:
El Amor, la Verdad, lo Imperecedero, la Libertad,
Todo empezó, de nuevo, a caminar.
El largo peregrinaje del movimiento, avanzó.
La luz, avanzó también,
Y con ella:
Las energías, el orden, el caos, la noche y el día.

La construcción de los orígenes otra vez se movía.
Y dormida vivía, latente, la estrella,
Y en la estrella, el átomo,
Y en el átomo, la Vida,
Y en la Vida, el Hombre,

Y en el Hombre, su Estrella:
Un entendimiento que al silencio lo devolvía
Para encontrar allí la razón del gran Origen:
Una verdad para la estrella,
Un fin para su propia Vida.

“Todo está en constante transformación”
-El Hombre descubrió-
El péndulo de los complementarios no conoce el descanso.
El movimiento, es la razón de ser del no-movimiento.
Todo converge eternamente.
Todo es, para dejar de ser,
Evolucionar en otras formas,
Volver a sentir en otros cuerpos,
Lucir su luz en otros soles.

Todo es un devenir desde siempre;
Un ir hacia un eterno siempre.

Cremación en Benarés

Las tortuosas calles que me vieron nacer,
Hoy me despiden.
Me despiden las piedras, los ancianos, las flores.
Algunos, que me fueron cercanos, aún me tocan.
Otros me piensan joven, sonriente y vital.
Pero yo ya no estoy junto a ellos.
Ya no soy, sino un recuerdo,
Un cuerpo muerto que sueña con el fuego,
Con el agua de un Río que le ha de llevar:
El agua sagrada del Ganges.
Cerca de El, se quema mi cuerpo,
Se contorsiona entre los leños,
Consumiéndose al fin,
Volviendo a ser polvo y ceniza.
Me despido lentamente de la Vida,
Diciendo adiós al Sol,
A los Hombres,
A las Flores.
Después, El, sólo, atrapa mis pensamientos.
En silencio, los que en vida me han querido,
Sumergen mis restos en ese vientre acuoso y fangoso,
Ahogándome, finalmente, en su hondura,
Para regresar un día,
Desde su oscuro fondo,
A mi lugar de origen:
A ese fluir de la Corriente Madre hacia el Océano...

Fantasmas de San Francisco

Allí,
Donde la algarabía luce mañana, tarde y noche,
Y los juegos infantiles, los domingos,
Después de la misa de once.
Donde las bicicletas asimétricas
Ruedan nuevas, entimbradas, atrevidas,
Y unos álgidos bigotes pasean, acariciándose,
Junto a un bombín negro, joven, bien puesto.
Donde los encharolados zapatos puntiagudos
Pisan las hojas amarillas de los plátanos,
Y unos guantes blancos juegan, nerviosos,
Con elásticos tirantes
Y con un cuello redondo de camisa,
Camuflada en un chaleco.
Donde las maxifaldas dibujan su rastro
En un suelo sin pavimento, pobre, hirsuto,
Y las sombrillas, en la atmósfera,
Giran multicolores en molinetas,
Y el abanico aletea,
O cubre unas miradas indiscretas.

Ahora os veo a todas,
Adheridas al Parque de San Francisco,
Almas niñas, jóvenes, ancianas,
Paseando vuestros ojos sorprendidos
-Azules, verdes, marrones, negros-
Entre frescos palmerales, estanques, soportales, cielos.

¿Dónde fuisteis, almas, hechos, pensamientos viejos?

Levedad de la Belleza

Repiqueteo de la lluvia en los cristales,
Mientras el agua resbala sobre el tejado viejo.
El viento bramando en la oscuridad.
La noche haciendo callar la vida del bosque mágico.
Sintiendo, al calor de un humilde fuego,
La fina levedad de la Belleza,
Que los Hombres pintan en el espacio-tiempo.

Levar anclas

Enero.
Luce el sol,
Es mediodía.
En el rostro, un limpio frío,
Que al cielo levanta:
La mirada limpia,
El pensamiento claro,
Y la palabra mágica: Alegría.

Tengo un puerto amigo,
Para decir adiós a un puñado de almas que amo
-son ellas el equipaje íntimo de mi memoria más clara.
El otro lo forman:
Las velas,
Mi voluntad,
Y un corazón henchido de amor.

Mi barco se nombra Majeica,
Y balancea su casco sobre la mar en un acto de amor sin fin:
Ella es la dama y él su vagabundo más fiel.

Hoy alejo mi yo del mundo que conocí,
Levando las anclas de aquello que fui,
Para adorar al fin,
En esta aventura vital:
Sólo a la Estrella, al Viento y a la Soledad.

Entrar en la vega

La mañana nueva,
Recién abierta.
La niebla levantada.
La escarcha fundiendo en el río su plata.
El rocío, rompiendo en racimos blancos sobre la jara.
El aire, tibio,
Cruzando la vega,
La cárcava y mi cara,
El canto del cuco,
El vuelo del buitre leonado,
Un cielo, tan limpio, que el alma ha reflejado.
El corazón, pausado,
La mente, abierta,
El espíritu, entregado.
Aquí estás, Belleza, manifestada.
Detengo el paso,
La Curiosidad,
Y la Mirada.

Luz que todo lo envuelve

Y todo va cruzando las ventanas de este tren,
Sin destino hacia ningún espacio.
Y corren, más allá de los cristales, mis dos ojos,
Que buscan su descanso en el alma de los bosques animados,
En la sombra enlunada de dos cuerpos,
Que enlazan:
Cuatro brazos,
Cuatro piernas,
Cuatro manos.

En la pura alegría de mi corazón humano,
Me he rendido a la hermosura,
Al silencio del lenguaje,
A su textura.

Es el sueño del Conocimiento lo que anida entre mis manos,
Son los libros que se ataron a los barcos que zarparon,
Los caminos empedrados, que subieron,
De este mundo, a sus tejados.
Son los sueños de un buscador,
Un lenguaje desubicado.

Y todo va cruzando las ventanas de este tren desvencijado,
Mientras miro más allá,
Por encima de los bosques animados,
Por encima de las sombras de unos cuerpos,
De mi corazón hinchado,
De los libros, de su polvo y de su tacto,
De los sueños imposibles de querer comprender a los humanos.

Por encima voy dejando la mirada,

Donde vives,
Gobernando,
Más allá de lo que alcanza la apariencia,
De lo que escucho, cuando callan mis palabras,
De lo que inhalan mis pulmones,
De lo que pisan mis pisadas,
De lo que tocan mis dos manos,
De lo que explora mi alma blanca.

Más allá de todo eso,
Donde sólo existes tú.
Sin métodos que te limiten,
Sin formas que te conformen,
Sin transferencias que te uniformen.
Donde luces, Luz,
Donde todo lo envuelves, clarificando,
Donde, pura y fresca, me liberas:
Del futuro,
Del pasado,
De las ansias contenidas de querer comprender a los humanos.

Abrir el camino

Salir era perderse dentro del sueño,
Para debatir allí nuestra Filosofía.
Era vivir el Encuentro con las manos vacías
Y dialogar, mansamente, con palabras blancas.
Era imaginar, con el pensamiento libre,
El movimiento de nuestras vidas de erranza.

Salir era el encuentro diamantino:
Con la ausencia del tiempo perfecto,
Con la ausencia del orden establecido,
Con la ausencia del espacio definido.

Viajar era la aventura junto a ti;
El cercado de tu cuerpo al desnudo;
El brillo de tu alma libre junto a mi alma;
Adherirnos a la más absoluta realidad.

Llegar era el encuentro:
Con la belleza del propio descubrimiento,
Con la dificultad de los caminos polvorientos
-que enaltece los espíritus inquietos,
con la soledad sin sonoridades secas
-que despierta los íntimos secretos,
con la lejanía del cotidiano vivir
-que enriquece pensamientos y los
objetiviza.

Llegar era el contraste evidente que hollaba la vida,
El amor mismo,
La olvidada fe en el sentido del mundo y sus gentes,

La aventura fantástica,
La vitalidad de la locura,
El éxtasis de lo desconocido.

Llegar era siempre el Encuentro.

Carpe diem

Voy dejando que crucen por mis venas
Las ansias contenidas de ser libre,
Y las atiendo.
Y entro en la espesura de mi selva:
Abriendo brecha.

Voy despejando la maleza hacia el Entendimiento,
Porque siento por dentro el sentimiento,
Y conozco la melodía de esta orquesta atípica
Que recibe con su música la Objetividad.

Al sagrado compás de este momento
Evado el pensamiento,
Y corro al encuentro de este hálito íntimo,
Dejando hablar a la consciencia.

Cruza la vida,
Y el tiempo que la concreta, vuela,
Y yo no permanezco anclado,
Soy, también, fugaz materia.

No me importa lo pasado:
Pasaje de ida sin retorno soy.
Es esa sensación de quietud
Lo que me asusta y me perturba.

Cuando limpia la intuición sus orificios,
Y van abriéndose, como cráteres,
Los vástagos que amamanta mi alma reverdecen,
Y el vértigo se hace eco en mi mente sobredimensionada.

Es entonces cuando desaparecen los temblores,
Pues, veloz, mi espíritu planea los años venideros.

Sólo a estar abriendo los canales a esta belleza eternamente,
Mi corazón apuesta sus últimos cartuchos.

Sobra el lenguaje,
Los libros he quemado ya.
Morar perpetuo en este instante.

Voy inundándome de música celeste...

Sóbibor

Hay unas manos que arañan al aire
Desde un vagón un puñado de oxígeno.
Hay unos gritos que inútiles rasgan
Un silencio, que el bosque ha permitido.
Hay conciencias que acatan silentes,
Permitiendo unas muertes inocentes,
Que enarbolan su poder con banderas e himnos,
Tiñendo con sangre: vidas, almas, corazones.
Vienen y van,
Bajan del tren.
Hombres en Sóbibor,
Hombres sin identidad.
Visten chaquetas viejas,
Desnudos los pies.
Portan maletas encintadas,
Oro camuflado,
Expresión descontrolada,
Ahogada.
Mantienen los sentidos abiertos,
Desorientados deambulan,
Perdidos.
Mujeres y niños a un lado,
También los ancianos,
Aquí, hombres en buen estado:
Las águilas volando bajo.
Han inventado las razas, un honor y una gloria.
A su causa han ofrecido el pasto de los vivos:
Una existencia con la dignidad perdida.
¿Es el hombre una parábola de la Creación?
Es el fino precursor de la dogmática,

La lógica, la ética y la razón.
Es una inflexión del Creador,
Un desliz, un desajuste de Dios,
Buscador de designios,
Profeta del Amor,
Protector del oprimido,
De la Justicia, defensor.
¿Es el hombre una parábola de la Creación?
Ha rozado en vida el cielo,
Y el infierno por compensación,
Y en Sóbibor abortó,
Su instinto más destructor.

Ecós en el viejo parque

A los pies del otoño
El viejo parque reposa.

Allí,
Lamiendo la marmórea piedra,
Busca el suelo el agua de la fuente.
Allí descansan, mustias, en la tierra,
Las hojas amarillas de los plátanos.
Sobre ellas, planean veloces mis pies,
La sombra de los pasos de otros hombres.

Son éstos los colores que poblaron el ayer,
Los olores de los lirios,
Los naranjos,
Los claveles del ojal de mis abuelos,
Y las rosas, en las mansas manos de mis Padres.

Estampas, que hibernando para siempre
En los vetustos arcanos de mi memoria,
Mecen ecos de voces, risas y lamentos,
Mientras cruzo, veloz, el parque viejo.

¿Dónde fuisteis, almas jóvenes de mis ancestros?

Luz de Luna

Azul claro sobre verde oscuro,
Y sobre el azul, un violeta,
Y sobre el violeta, la Luna llena,
Que derrama su luz la tarde entera.

Es esa luz tráfuga,
Que ilumina y platea, serpenteando, la ribera.
Que se camufla tras las ubres de las nubes,
Dibujando su color en las choperas.

Es esa luz, la que prende y la que eleva.

Hacia la Luz

Y vagar,
Estando en ninguna parte,
Por encima de las olas,
De agua y de poder,
Hacia la luz.

Cabargar,
Hacia la claridad de las limpias tardes de Enero,
Sin perder de vista el horizonte,
Sobre las ubres de las nubes,
Sobre el mar.

Ir más allá:
Hacia la vida,
Hacia la medida y el silencio,
Del poniente hacia el oriente,
A través de los espacios abiertos.

Vivir iluminado delante del sol,
Negando su ausencia,
La noche,
El sueño,
La nada y la soledad...

Vivir por siempre huyendo de la finitud de la oscuridad...

Cometas

Dulce noche de un verano tardío.
El viento levanta cometas a un cielo estrellado: mis pensamientos.
Inunda la calma mi indómito cuerpo
Y el alma paseo al compás del cri-cri de unos grillos.
Agosto cruza mostrando una arruga escondida:
El estallido de la serenidad en el corazón del estío.
Me dejo llevar,
Y al éter, cometas.
Cometas con mis pensamientos.

El nombre de Dios

Gritan los hombres mil nombres,
Para nombrar al Creador.
Nombres que nombran a otros hombres,
Hombres al fin que soporten
La levedad de su condición.
Gritan sin re-conocer,
Que si el Principio-Creador es,
Lo es Sin-Nombre,
Pues nombrar lo Absoluto no es,
Sino su negación.

Junto al almendro

Amanecían los álamos detrás de las nieblas,
Y la escarcha moría al abrigo de un tímido Sol.
Una alondra, en el chopo, el silencio fundía,
Y en la cárcava, la vida nacía a la Luz y al Color.

Me envolvía la mañana, despertando a la Alegría,
Y del letargo, en el Arcano, a la Imaginación.
Atraía hacia su eje toda la materia oscura,
Condensando hacia la Nada la memoria camuflada.

Se anudaba mi Alma a los libres caminos,
Y los seguía, para hollar su Grial y beberlo.
Me embriagaba en aromas de flores de almendro,
Y a sus pies, la Belleza encontraba y, con ella, el Misterio.

Te he buscado, Belleza, porque formo parte de ti,
Y en ti quiero morar, junto al almendro y la alondra.
A tu contemplación le rindo la Palabra y el Pensamiento Creador,
Y le ofrezco el impulso del Trabajo y del Amor.

Pues soy, junto a ti,
El Hombre que soy cuando estoy solo,
Alejado de sueños,
Descubierto y amado por el Misterio.

Sakura

Somos un punto más de evolución,
Meros atributos estelares,
Hechos casuales,
Gotas de agua que salpican
La plata henchida de los mares.

Somos el humo que se esfuma
Y difumina su color en la calima,
Haciéndose aire con el aire.

Somos luz, para la luz del día,
Silencio, para las noches frías,
Fuego, para las hogueras encendidas.
Somos la negación del retorno,
De la perpetua teoría,
Del histórico designio
Y de la filosofía.

Nosotros somos del cerezo
La fugaz belleza de sus flores,
Del Iris, tras la tormenta,
Sus álgidos colores.

Somos cambio,
Evolución,
Agua corriente bajo los puentes,
Aves de paso al fin.

Nosotros somos transeúntes de la Belleza del vivir.

Bosques de Darjeeling

Para entonces ya había olvidado mi nombre,
El origen de mis raíces, mi credo,
Las razones que me condujeron al bosque.
El día en el que vivía se había marchado sin dejar huella.
Mis pies se apresuraban a los caminos solitarios,
Para encontrar, entre las nieblas tempranas:
Aquellos cedros bengalíes centenarios,
Una familia de rododendros nepalíes,
Un Ginko biloba millonario,
La Sequoia, sola, majestuosa, Pleistocénica,
La Cryptomeria de Cypango,
La Bucklandia, el Alnus silente,
¡El oro pacífico del enigmático mundo verde...!
A la hora de las chicharras,
Cuando las luces se convertían en luciérnagas,
Yo era ya un pedazo del bosque mágico,
Un hombre camuflado entre palmeras,
Un trozo de corteza blanca de abedul,
Un tallo, sin esculpir, de álamo negro,
Un reflejo amarillo en las choperas,
Una onda de la brisa que movía las copas cipresales,
La savia blanca de un drago milenario,
El silencio, la textura de la bruma nocturna,
La paz, la quietud, el enraizamiento en la tierra mojada,
La presencia callada de la Naturaleza sosegada,
El frío, la noche, la soledad.
Todo esto lo fui, en el bosque de Darjeeling,
Cuando las aguas en el cielo temblaban,
Cuando temblaba mi imagen,
Cuando el mundo de los hombres temblaba,

Cuando la decisión de volver a ser yo,
Más que nunca, tembló.
Tembló porque yo te cruzaba, bosque de Darjeeling,
Y sembrada como estaba mi vida en tu tierra,
No quería volver a nacer, a crecer alejado de ti,
A ser un hombre que pasa, mira, toca y respira,
Olvidando que es parte, pieza, engranaje, arquitectura,
Del mundo verde, del mundo azul, del mundo blanco,
Del animado mundo del animal, del micromundo,
Parte y arquitectura al fin, que no arquitecto diferenciado,
Del robledal, de un murmullo de agua,
O de una estrella matinal.

El Mito de África

Me marchó.
Sólo sabanas abiertas, barridas por el viento,
Por un fuego salvaje que todo lo envuelve:
Este sol que habita en África
Consumiéndonos el tiempo a cambio de la Libertad.

Aquí,
En esta cuna del sentido de lo humano,
Se esconde un Mito para los hombres libres.
Este es el punto del globo,
Donde todos los senderos conducen a ninguna parte:
Sólo soledades circundando la vida simple.

La pluridireccionalidad del espacio luminoso,
Donde el tiempo no tiene oportunidad de ser,
Y su invento es sólo una quimera de luces rojas,
Abruma, devolviendo la infinita insignificancia a lo que somos.

Para vivir junto a la sombra de la Libertad
El resto de nuestras vidas de erranza,
Hemos arropado nuestros cuerpos con esta "*solitude*":
Un espacio virgen para vivir, desvirgando, nuestras ansias.

Las llanuras fuera del tiempo del África austral,
Nos devoran, consumiéndonos los sueños con velocidad.
Uno entrega aquí la vida, plena, completa y total,
África, nos bebe, absorbe y vacía,
Mostrándose felina y mortal.

Queda al fin, sola, la conciencia,

Varada en la Libertad,
Elevada a la cima más alta,
Majestuosa sobre el entendimiento,
Acariciando la frontera de la humana verdad.

Oración al Espacio-Tiempo

Mírame a los ojos,
Tiempo mortal,
Que envejeces,
Transitándome,
Cuanto soy:
La sangre que me nutre,
El aire que respiro,
La creación de la poesía,
El impulso de las palabras,
Su energía,
El silencio de mis espacios,
Cuando la luz los ha poblado,
Inundándolos por dentro...
Quédate quieto frente a nosotros.
Cruza nuestras vidas y déjanos así:
Desnudos frente a la muerte,
Los cuerpos, fusionados,
Una estatua yacente.
Un recuerdo enmarañado que dibujen,
Dos amantes atrapando lo Inmanente.

Sueños de Cypango

Siempre voy por ese sueño,
Caminando al encuentro de los colores que me enseña el cielo.
Viajo en caravana,
Cruzando los desiertos a lomos de camello.
Turbada la mirada tengo por la belleza de esta luz;
El alma, emblanquecida, por su fina transparencia;
Y este cuerpo, donde habito, respirando a pleno pulmón.
Estoy rodeado de suaves dunas, arenas blancas,
Ligeros vientos, sonidos de muy lejos,
Destellos cegadores, extraños, únicos,
Esculpidos por la Naturaleza,
Que me esculpe a mí por dentro...
Me dirijo hacia el Oriente del Oriente,
Buscando allí, toparme con el mar
-Ese mar que tanto he amado en mi inconsciente,
Para bañar, toda mi vida, en sus azules aguas,
Cruzarlas, como sagradas que son para mí,
Y despertarme más allá del más allá,
En las orillas del sueño de mi infancia:
Un país donde el Sol nace,
Donde han nacido las artes para detener las lanzas;
Donde el cerezo ha nacido,
Para embriagar de belleza el paisaje de Cypango,
Que ha dejado coronar su isleña soledad
Con la cima de un volcán: rojo y blanco.
Llevo junto a mí un equipaje sencillo:
Una fotografía tuya, en blanco y negro,
Cuando aún eras una adolescente
Y la inocencia te habitaba toda entera;
Un diario para describir eso que mis ojos ven:

El reflejo de los cristales de un alma viajera.
Finalmente, me acompañan las preguntas,
Que jamás me abandonaron,
Todos aquellos arquetipos,
Las ecuaciones de mi vida:
El espacio vacío que separa a dos estrellas;
La procedencia de la luz,
Su reflejo, dibujando tu perfil;
Los átomos, moviendo lo invisible;
El óvulo galáctico, el enigma de sus círculos concéntricos;
El primer llanto,
La sal de las lágrimas,
Dos manos enlazadas en silencio;
Los rayos del sol, amamantando toda la vida,
El adiós, las despedidas, los recuerdos;
Las razones que hay detrás del oscuro firmamento.

Lluvias de Marzo

Estos espacios, cubiertos de fina lluvia,
Que ahora voy cruzando,
Como si atravesara las cortinas de humo
Que separan una vida joven de otra ya vivida,
Como si rompiera, adentrándose más allá de sus dominios,
El velo atemporal de Isis, su misterio,
Apareciendo, después, en otras dimensiones, en otros tiempos.
Estos espacios sin luz de un Marzo lluvioso
Que nos camuflan a todos,
Que nos aparecen detrás de los paraguas,
Detrás las esquinas porticadas,
Detrás las carreras empapadas,
De los viejos parques con palmeras,
De las músicas siempre santas.
Estos espacios mojados
Que esconden la estampa de lo que hoy somos,
Haciéndonos viajar a un pasado, en el que otros fueron,
Que nos duermen la vida en el recuerdo,
Despertando el recuerdo de otras vidas.
¿Quién anduvo las esquinas de la Catedral,
El Paseo de San Francisco,
El Pórtico del Palacio Principal,
El Café Central,
Esta música de Bach, que hoy me tiene prendido?
¿Quién puso sus ojos aquí mismo,
Entre estos dos pilares,
Subió el mármol de las escalinatas blancas,
Interpretó estas notas de guitarra y arpa,
Tomó allí café, mucha azúcar, un vaso de agua?
Estos espacios que muestran las vidas de los hombres,

Dividiendo, cada cual, sus pensamientos.
Entregándolos a la lluvia, en ocasiones,
Al hogar caliente, otras,
Al café amistoso del Central.
O, también, a la sola mirada,
Atada allá, en lo más alto,
Necesitada de los azules,
De estas nubes grises que dibuja Marzo.
Estos espacios de lluvia que comparto,
Que mojan las cabezas,
Mojan los cuerpos,
Que mojan las miradas,
Mojan las palabras,
Que nos cruzan a todos,
Al tiempo y al espacio.
Estas aguas de Marzo que enlazan el futuro y el pasado.

Memorias del Kilimanjaro

Músicas de otros mundos,
Pintadas las caras en ébano...

Hombres absortos, espacios abiertos,
Toda la noche para el descubrimiento...

Alcobas victorianas en blanco crudo.
La luz de unos candiles alumbrando relatos...

Mózar, para decírtelo todo,
Y el vuelo de una avioneta para enseñarte otra vida...

Estampas cromadas, preñadas de azules,
Colores inexistentes haciéndose un hueco en el éter...

Cuajada la claridad, acristalada,
Permitiendo al instante elevarse a la magia...

A lo lejos, mi cumbre más amada:
Una montaña nevada en el centro de África...

Equipaje

Y congelar mis dos ojos encendidos,
Aquellas tardes, color naranja,
El frío, que cortaba el rostro,
Junto al regazo de sus almas.

Y congelar aquel beso estrellado,
La noche que lo vio nacer,
Los luceros de Orión,
De Sagitario.

Y congelar la razón primera
Que dio vida a una oración,
Que elevó palabras a un altar,
Cuando emergía la Esencia en el Amor.

Y congelarme yo en algunas Naturalezas
Que a la cúspide de esta Pirámide ascendieron
Para dirigirse en Vida hacia lo etéreo,
Descubriéndose allí ángeles sin cuerpos.

Y congelar la Pura Alegría dentro de mí,
La Soledad sonora del silencio,
La plata henchida de los mares
Que he surcado, libre, en mi velero.

Primeras Palabras

Detrás de las Montañas Azules,
Cuando ya las luces habían caído de la tarde,
Abrazamos las palabras de papel,
Para componer nuestras dos vitalidades.
Era el momento de cercar a la Verdad,
De derramar la Humanidad,
De volver a ser, en firme,
Dos Almas blancas...

Aquel era el momento verdadero de la Vida...

Pedro Martín González.
Badajoz, Diciembre 2010